

LA PROBLEMÁTICA DE LA CATEGORIZACIÓN EIDÉTICA A PARTIR DE DOS PERSPECTIVAS CONTEMPORÁNEAS: LA CRÍTICA AL PLATONISMO FRENTE A LA INEVITABLE COGNICIÓN CORPÓREA

Mariano González Leoni

mgonzalezleoni@gmail.com

El presente trabajo busca profundizar en la problemática de la categorización eidética a partir de dos perspectivas contemporáneas y novedosas. En primer lugar, la crítica que Nassim Nicholas Taleb realiza a la platonidad, la tendencia equivocada que los hombres tienen de buscar formas puras y elegantes que colaboren con la comprensión de un mundo esencialmente aleatorio y desordenado. Y en segundo lugar, el embodiment o cognición encarnada, teoría que sostiene que los procesos mentales se ven determinados por cada parte del cuerpo del sujeto, rivalizando con la dualidad cartesiana clásica, e insistiendo en que la categorización es una actividad no sólo necesaria, sino que también inconsciente.

Palabras claves: Categorización eidética; Platonidad; Formas puras; Embodiment; Cerebro.

THE PROBLEM OF EIDETIC CATEGORIZATION FROM TWO CONTEMPORARY PERSPECTIVES: THE CRITICISM OF PLATONICITY AND THE INEVITABLE EMBODIMENT

This article intends to examine the problem surrounding eidetic categorization from two contemporary and innovative perspectives. First, the criticism Nassim Nicholas Taleb directs at platonicity, the mistaken tendency common in men to search for pure and elegant forms that help with the comprehension of a random and unorganized world. And second, the embodiment thesis that insists that mental processes are determined by every part of the individual's body, confronting with the classic Cartesian duality, and defending that categorization is an activity, not only necessary, but also unconscious.

Keywords: Eidetic Categorization; Platonicity; Pure Forms; Embodiment; Brain.

I.

La cuestión filosófica de la categorización eidética nos puede remitir hasta tiempos antiguos. Ha sido un tema de debate a lo largo de toda la historia de la filosofía occidental. De todas maneras, este trabajo pretende analizar la temática desde dos puntos de vistas novedosos.

La primera perspectiva a la que vamos a hacer referencia es la que presenta Nassim Nicholas Taleb en su obra "El cisne negro". De allí obtenemos la siguiente cita:

En los inicios de la revuelta de los judíos en el siglo I de nuestra era, la causa de gran parte de la ira de estos fue la insistencia de los romanos en colocar una estatua de Calígula en el templo de Jerusalén, a cambio de levantar una estatua del dios judío Yahvé en los templos romanos. Los romanos no se daban cuenta de que lo que los judíos (y los posteriores monoteístas de oriente)

querían decir con *dios* era algo abstracto, que lo abarcaba todo, y que nada tenía que ver con la representación antropomórfica y excesivamente humana en que ellos pensaban cuando decían *deus*. (Taleb, 2009:32)

II.

La problemática aquí denunciada es bautizada por el mismo Taleb como *platonidad*¹, y se refiere a la tendencia del hombre a focalizar su atención en "formas" puras y bien definidas (Taleb, 2009:33), sin contemplar las diferencias que éstas contienen en su misma clasificación. Lo que hacemos con frecuencia según el autor es "confundir el mapa con el territorio", eligiendo pensar en ideas fácilmente discernibles en lugar de tener en cuenta las realidades menos elegantes que aparecen frente a nosotros.

¹ Este término es un uso propio del autor, por lo que será respetado a lo largo del texto siempre que sea adecuado hacerlo.

Taleb sostiene que la razón por la que hacemos esto es que las ideas completas son menos confusas que la realidad que se nos presenta día a día, por lo que elegimos concentrarnos en las primeras para simplificar la información que queremos recolectar. Lo que estamos haciendo es pensar con la versión más simple que podamos encontrar, y concentrar en ella todo lo que se pueda, lo cual es en cierta medida comprensible: existe demasiada información, y para poder guardarla de la manera más efectiva, es mejor emplear categorías y clasificaciones generales que abarquen muchos casos particulares, aunque estos no sean idénticos entre sí.

III.

Entonces según Taleb, el problema está en nuestro “deseo de dividir la realidad en piezas nítidas” (Taleb, 2009:57) que podamos clasificar con mayor facilidad. Él plantea un ejemplo de periodistas provenientes de diferentes lugares, pero informando sobre un mismo evento mientras conviven en una misma locación, que terminan por caer en la platonidad que denuncia:

Necesitamos la categorización, pero ésta se hace patológica cuando se entiende que la categoría es definitiva, impidiendo así que los individuos consideren las borrosas fronteras de la misma, y no digamos que puedan revisar sus categorías. El contagio [es] el culpable. Si se escogieran cien periodistas independientes capaces de ver los factores aislados entre sí, nos encontraríamos con cien opiniones diferentes. Pero al hacer que esas personas informaran hombro con hombro, en marcha cerrada, la dimensionalidad de la opinión se vio reducida considerablemente: coincidían en las ideas y utilizaban los mismos temas como causas. (Taleb, 2009:58)

Así, el problema de la platonidad está en pretender simplificar algo: “el hecho de categorizar siempre produce una reducción de la auténtica complejidad... ya que descarta algunas fuentes de incertidumbre, y nos empuja a malinterpretar el tejido del mundo” (Taleb, 2009:59). Al categorizar eidéticamente nos es más fácil comprender, pero al hacerlo, estamos comprendiendo algo distinto a lo que el mundo nos presenta.

Taleb insiste que la categorización es en muchos casos una elección innecesaria que hacemos para ahorrar tiempo o esfuerzo. Lo grave de esta elección es que al hacerla estamos eliminando la verdadera complejidad de la realidad, la estamos simplificando para poder aprehenderla de forma más eficiente, pero sacrificando una infinidad de detalles que en muchos casos pueden marcar una gran diferencia entre lo que “es” y lo que nosotros decidimos que “debería ser”.

Taleb insiste que la platonidad es lo que nos hace pensar que entendemos más de lo que en realidad entendemos. Según el autor, esta práctica nos genera lo que él denomina “arrogancia epistémica”, aumentando nuestra confianza en el conocimiento, que si bien va en aumento, aún está lejos de ser suficiente como para comprender al mundo. (Taleb, 2009:208)

Es precisamente esta arrogancia la que expone cada vez más al hombre a situaciones que nos resultan inesperadas, pero que únicamente lo son por como desestimamos las diferencias al categorizar o clasificar. Es allí donde aparece el concepto que Taleb ha bautizado como el Cisne Negro, que posee tres características principales:

- es un evento altamente improbable
- provoca importantes consecuencias,
- visto en retrospectiva siempre nos parece que debió ser predecible, mientras que en el momento de su aparición no lo era. (Taleb, 2009:23)

Es la naturaleza del Cisne Negro permanecer escondido ante los ojos de los expertos que, obsesionados por comprender y explicar lo sucedido, están dispuestos a platonizar narraciones que sean suficientes como para justificar racionalmente la realidad, erradicando de nuestra mente el siempre presente factor aleatorio del mundo, y brindándonos la tranquilidad que el creer comprender nos provee. Terminamos utilizando al conocimiento y la seguridad que éste nos brinda como terapia, en lugar de intentar acercarnos a la verdad, por más inquietante que esta sea.

La necesidad de categorizar eidéticamente también tiene otras consecuencias en como entendemos al mundo. La forma elegante de algo va a plantear ciertos parámetros de cómo esa cosa es, pero al hacerlo también va a señalar en qué punto esa cosa deja de ser esa forma elegante definida en primera instancia para pasar a ser otra. Es decir, si nos referimos al largo de un tiburón tigre, la media sería la forma elegante, mientras que variaciones significativas en su longitud serían vistas como otra categoría o especie, en lugar de simples variaciones de la misma. Así terminaríamos señalando la monstruosidad de determinado tiburón por superar en un cuarenta por ciento la longitud esperada de la especie, o pensando que uno no clasifica en la especie por tener la mitad del largo esperado. Serían una más de tantas mutaciones de la misma especie, pero nos veríamos tentados a categorizarlos de otra manera, ya que no se adaptan al modelo establecido.

Así, las variaciones inevitables que aparecen en la realidad y que deberían estar en una misma categoría son desestimadas con tal de

mantener la coherencia de la misma. Ya sea que éstas sean ignoradas o clasificadas bajo otro rótulo, el resultado buscado es el mismo: mantener la forma o idea lo más pura e incorruptible posible. Se puede vislumbrar también como esto es un atentado contra la noción de cambio en sí misma, dado que la base de la selección natural y la evolución de las especies radica en las mutaciones aleatorias que los seres vivos tengan a lo largo de generaciones. Y lo mismo podríamos decir de innumerables ideas e instituciones sociales.

Taleb agrega que al buscar esta “media áurea” (Taleb, 2009:331), estamos dejando de lado lo que en realidad debería ser el foco de nuestra atención.

Hay dos formas posibles de abordar un fenómeno. La primera es descartar lo extraordinario y centrarse en lo “normal”. El examinador deja de lado las “rarezas” y estudia los casos corrientes. El segundo enfoque es considerar que, para entender un fenómeno, en primer lugar es necesario considerar los extremos, sobre todo si, como ocurre con el Cisne Negro, conllevan un efecto acumulativo extraordinario... No hay duda que, a menudo, lo normal es irrelevante. (Taleb, 2009:31)

Al buscar el promedio, lo normal, la media, dejamos de lado aquello que eventualmente tendrá más relevancia y consecuencias más significativas. Si algo me va a afectar sin que yo lo pueda prever, esto va a ser lo inusual, no lo esperado. Su crítica es que constantemente nos estamos preparando para lo que ya sabemos que va a venir, para la forma pura que comprendemos a través de nuestra necesidad de platonizar, y no hacemos esfuerzo alguno por intentar prevenir lo que excede estas formas elegantes.

Las acusaciones de Taleb entonces se basan en centrar nuestra atención en objetos puros, bien definidos y fácilmente discernibles, con el costo de pasar por alto objetos con estructuras más confusas y menos manejables, pero más realistas. Este tipo de categorización platónica afecta todo lo que nosotros conocemos y clasificamos, desde objetos inertes como los triángulos, seres vivos, o inclusive teorías e hipótesis científicas y sociales. Es este amor cegador por ciertas formas abstractas nítidas y escuetas el que nos impide ver el desorden propio de la realidad (Taleb, 2013:368), y su obra intenta alejarnos de esta necesidad categorizadora que aqueja al hombre.

IV.

Ahora bien, la segunda parte del presente trabajo hace referencia a otro concepto que, si bien no contradice lo planteado por Taleb, sí presenta un problema frente a las pretensiones de éste. El concepto al que nos referimos es el *embodiment*, y a pesar de que su traducción

literal sería “encarnación”, aquí vamos a usar el concepto “cognición encarnada” para referirnos al mismo, buscando evitar confusiones.

La tesis de la *cognición encarnada* sostiene que la mente depende, fundamentalmente, de las características físicas del sujeto. Es decir, que los aspectos físicos del individuo juegan un rol significativo en el proceso cognitivo (Wilson, 2017). Esta postura disputa, entre otras teorías, al dualismo cartesiano que separa la mente del cuerpo, sosteniendo que la primera no posee materialidad alguna. Esta y otras posturas sostienen que el cuerpo tiene un rol secundario en los procesos cognitivos en general, pero aquellos que defienden el *embodiment* señalan, cada vez con más fuerza y evidencia científica, que todo el cuerpo participa de lo que nosotros reconocemos como procesos mentales.

Entonces, la tesis esencial del *embodiment* dice que las criaturas con mentes conscientes e intencionales, son completa y necesariamente dependientes de su cuerpo, por lo que sus procesos mentales se basan en una cognición encarnada (Hanna & Maiese, 2009:15). Si bien la teoría tiene un sinnúmero de consecuencias filosóficas en relación con los fundamentos de la filosofía occidental, nosotros nos vamos a centrar específicamente en lo que esta teoría sostiene en relación con la categorización.

Lo primero que hay que comprender es que si aceptamos esta teoría, el razonamiento surge de la propia composición de nuestro cerebro, cuerpo y experiencias corpóreas. Lo que se sostiene no es que necesitamos del cuerpo para razonar, sino que la estructura misma del razonamiento surge a partir de detalles de nuestra corporalidad.

Otra cuestión fundamental que señala esta teoría es que nuestra capacidad de razonamiento es una consecuencia evolutiva, y esto tiene dos implicancias sumamente importantes: la primera es que la razón ya no es una característica esencial que separa a los hombres del resto de los animales, sino que únicamente nos coloca en una posición evolutiva ulterior con respecto a ellos. Y la segunda es que la razón es universal entre los hombres por las características corporales que compartimos como especie. (Lakoff & Johnson, 1999:3)

Pero probablemente lo más relevante de la teoría en cuanto a la problemática que aquí planteamos radica en las características que una cognición encarnada conlleva con respecto al razonamiento humano. En primer lugar, este razonamiento no es completamente consciente. Es más, se estima que el noventa y cinco por ciento de todo pensamiento es inconsciente (Lakoff & Johnson, 1999:12). Y en segundo lugar, el razonamiento no es puramente literal,

sino que es en gran parte metafórico, emocionalmente afectado e imaginativo. Todas estas características presentarán un escollo más al momento de categorizar.

De todas maneras, el problema fundamental en lo que respecta a la categorización radica en un punto que Lakoff y Johnson plantean de la siguiente manera: *todo ser neural debe categorizar*. Lo que se está remarcando con esta idea es que todo ser vivo necesariamente categoriza:

Inclusive una ameba categoriza las cosas que se encuentra en comida o no comida, si se mueve hacia ella o alejándose de ella. La ameba no puede elegir si categorizar o no, simplemente lo hace. Lo mismo es cierto en cada nivel del mundo animal. Los animales categorizan comida, depredadores, posibles parejas, miembros de su misma especie, etc. Cómo los animales categorizan dependerá de sus sistemas sensitivos, y su habilidad para moverse a sí mismos y manipular objetos. (Lakoff & Johnson, 1999:16)

Por el simple hecho de ser seres vivos neurales los hombres necesariamente categorizan. No es una elección consciente, sino que es una predisposición corporal inevitable. Es una consecuencia de su cognición encarnada, que es en sí misma consecuencia de cómo ha evolucionado nuestra especie. Categorizamos como lo hacemos porque tenemos los cerebros y cuerpos que tenemos, y por cómo interactuamos con el mundo. Centrémonos por un momento en el cerebro humano, y cómo la composición del mismo determina nuestra necesidad de clasificar como lo hacemos:

Cada uno de nuestros cerebros posee cien mil millones de neuronas y cien billones de conexiones sinápticas. Es normal que en el cerebro se pase información de un denso grupo de neuronas a otro a través de una relativamente escasa cantidad conexiones. Cuando esto sucede, el patrón de activación distribuido a través del primer grupo de neuronas es demasiado grande como para ser representadas en una relación de una a una por las escasas conexiones. Consecuentemente, el escaso grupo de conexiones necesariamente agrupa ciertos patrones de entrada y los mapea a un conjunto neuronal de salida. Cuando un grupo de neuronas provee el mismo patrón de salida con diferentes patrones de entrada, hay una categorización neuronal. (Lakoff & Johnson, 1999:16)

El ejemplo que los autores presentan en su obra se refiere a que existe una relación de cien a uno entre células sensitivas a la luz en los ojos y las fibras que llevan la información al cerebro. Así, cada información captada por las mismas deberá ser reducida en esa relación, por lo que cien datos visuales deberán ser categorizados en uno solo. Esta misma situación tendría lugar en todo el cerebro, y en todos los niveles de categorización que se nos puedan ocurrir.

Podemos comprender entonces porqué es necesario afirmar que sólo un pequeño porcentaje de las categorías que formamos son actos conscientes. La mayoría de las categorías que utilizamos responden a este proceso descrito, es decir a una actividad inconsciente y automática, que es el resultado de nuestro funcionamiento en el mundo, y no hay nada que podamos hacer con respecto a ellas.

A pesar de que estamos aprendiendo nuevas categorías de manera constante, no tenemos la capacidad para realizar cambios masivos en nuestro sistema de categorías existentes mediante actos conscientes de recategorización (aunque, a través de nuestra experiencia en el mundo, nuestras categorías están sujetas a reformas inconscientes y cambios parciales). No podemos tener control total sobre como categorizamos. Aún cuando pensamos que estamos deliberadamente formando nuevas categorías, nuestras categorías inconscientes entran en nuestra elección de posibles categorías conscientes. (Lakoff & Johnson, 1999:18)

Resumiendo un poco lo que Lakoff y Johnson sostienen, podemos afirmar que no sólo nuestros cuerpos nos obligan a categorizar, sino que además éstos van a determinar qué tipos de categorías vamos a utilizar. Todo lo que constituye nuestro cuerpo será artífice de las mismas, y lo será a pesar de nuestras pretensiones, ya que en su mayoría, se generarán de manera inconsciente. La teoría de la cognición encarnada directamente sugiere que serán las particularidades de nuestro cuerpo las que darán forma a nuestra capacidad de conceptualizar y categorizar, y que nuestro control sobre estas actividades es notablemente inferior al que pensaríamos que es.

V. Conclusión

Presentadas las posturas, podemos decir que ambas perspectivas convergen en una misma conclusión: el hombre se encuentra constantemente categorizando la realidad que lo rodea. Taleb plantea nuestro deseo de hacerlo, la necesidad constante del hombre de clasificar todo lo que se nos presenta en una de nuestras preciadas categorías, buscando ordenar al mundo. Y de cierta manera Lakoff y Johnson sostienen la misma tendencia: la búsqueda de nuestra mente, definida por la estructura de nuestros cuerpos, que para realizar sus funciones, categoriza en cada oportunidad que puede. Los autores plantean cuestiones similares, pero el problema está en que, mientras el primero recomienda alejarse de esta tendencia, los segundos señalan nuestra imposibilidad de hacerlo.

Entonces, ésta es la paradoja con la que nos encontramos. Siguiendo la línea de pensamiento de Taleb, si realmente pretendemos conocer a la realidad tal como es,

debemos aceptarla con la aleatoriedad que ésta implica, y para lograrlo, debemos deshacernos de esta necesidad de platonizar, de categorizar eidéticamente al mundo, simplificándolo en cada oportunidad que tenemos para facilitarnos la tarea de aprehenderlo. Si no lo hacemos, nos estaremos exponiendo en demasía a situaciones que podrían ser previstas y evitadas, si tan sólo dejáramos de minimizar las diferencias que la realidad nos presenta. Lo que debemos hacer es evitar estas formas puras y elegantes para empezar a percibir las singularidades que dan forma al mundo aleatorio en el que habitamos.

Pero por otro lado, la teoría del embodiment nos plantea que la categorización no es una elección para animal alguno, incluido el hombre. No sólo no podemos elegir no categorizar, sino que la mayoría de las veces lo hacemos sin siquiera ser conscientes de ello. Se podría decir que no tenemos control alguno sobre nuestras categorizaciones, ya que estas se forman de manera automática e inconsciente.

Resumiendo un poco el dilema, para poder conocer al mundo de una manera más precisa, debemos dejar de hacer algo que no podemos elegir no hacer, algo para lo que estamos evolutivamente predeterminados desde nuestro nacimiento. Podemos comprender qué sería lo que nos conviene, pero en este caso no podríamos actuar en nuestro propio beneficio: únicamente nos quedaría aceptar nuestra realidad encarnada, con los beneficios y perjuicios que ella trae consigo, e intentar dominar nuestro excesivo deseo de categorizar eidéticamente en las escasas oportunidades en las que podemos, ya que la aleatoriedad y el desorden de la realidad parece ser lo único irrefutable en el mundo.

Para seguir leyendo:

***Kahneman, Daniel (2011). *Thinking, fast and slow*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.**

***Lakoff, G. & Johnson (2003). *Metaphors We Live By*. London: University of Chicago Press.**

***Rowland, M., (2010). *The New Science of Mind: From Extended Mind to Embodied Phenomenology*. Cambridge: The MIT Press.**

Bibliografía

Hanna, R., & Maiese, M. (2009). *Embodied Minds in Action*. New York: Oxford University Press.

Lakoff, G., & Johnson, M. (1999). *Philosophy in the Flesh. The embodied mind and its challenge to western thought*. New York: Basic Books.

Taleb, N. N. (2013). *Antifrágil: las cosas que se benefician del desorden*. Buenos Aires: Paidós.

Taleb, N. N. (2009). *El cisne negro*. Buenos Aires: Paidós.

Wilson, R. A. (21 de Marzo de 2017). *Embodied Cognition*. Obtenido de The Stanford Encyclopedia of Philosophy: <https://plato.stanford.edu/entries/embodied-cognition/>



Mariano Gonzalez Leoni, licenciado en filosofía recibido de la Universidad del Salvador, abogado recibido de la Universidad Católica Argentina, doctorando en filosofía en la Universidad Nacional de Lanús. Actualmente docente a cargo de 12 materias en la Universidad del Salvador (filosofía, ética, derecho y filosofía política) e investigador en la misma institución con dos proyectos en ejecución.

Recibido: 19/4/2017. Aprobado 17/5/2017. VB 21/5/2017.-